

George Soros controla el mundo: Posverdad, propaganda, desinformación y teorías de conspiración¹

Javier Guerrero-C.

Sociólogo, docente ITM, Maestría en CTS, interesado en zonas grises de producción del conocimiento, javierguerrero@itm.edu.co

Entre el 10% y el 90% de la información que circula en internet es falsa.
Walter Benjamin en: *Digresiones filosóficas sobre la posverdad en la era de la web 2.0.*

Universidad de Miskatonic (1982)

¹ Esta contribución no fue pagada por ninguna organización que controla el mundo tras bambalinas, ¿o sí?

La tierra es plana y nos han mentido, las vacunas contra la COVID nos conectarán a la red de 5G y nos podrán controlar remotamente, Hilary Clinton y los demócratas hacen parte de una secreta camarilla de pedófilos y Donald Trump en realidad es un luchador contra el 'deep state' y esos adoradores del demonio. George Soros, o Bill Gates, o los sabios de Zion, controlan las más importantes decisiones mundiales. El cambio climático no existe o, sí existe, pero no es culpa de los humanos. En Colombia Juan Manuel Santos negoció con las FARC y los gobiernos de Venezuela y de Cuba la entrega de Colombia al comunismo internacional, afortunadamente fueron detenidos por la votación del no.

En realidad, no sabemos lo que sucede, bueno, nosotros no sabemos, algunos cuantos que son capaces de conectar los puntos, y hacer su propia investigación, que no se dejan engañar por los medios, sí saben. Posverdad, propaganda, desinformación y teorías de conspiración, han sido recientemente interpretadas como formas defectuosas de interpretar el mundo, como un problema de ignorancia. En mi opinión, estas interpretaciones no tienen en cuenta las tensiones que se establecen entre estas formas de propaganda política y lo que Wittgenstein llamó las

formas de vida. Estas formas de interpretar el mundo responden a explicaciones que, desde puntos de vista particulares, resultan coherentes, formas de ver el mundo que disuelven muchas de las paradojas de vivir en sociedad.

Hasta hace unos años vivíamos, al parecer, en la era de la verdad, en la que los medios de comunicación masivos aspiraban a cierta forma de objetividad, en la que los políticos, a pesar de sus diferencias, intentaban persuadir con ideas y no con mentiras, la ciencia era aceptada y respetada como forma de verdad por casi todos, excepto unos cuantos lunáticos. Pero de repente, alrededor de mediados de la década pasada todo cambió, tanto que el diccionario Oxford, para responder a las nuevas actitudes frente a la verdad denominó palabra del año 2016 al término compuesto *post-truth* o posverdad, como entraría al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española en el año 2017. Ahí la posverdad se define como una "distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales", en un tono muy parecido a la definición del diccionario de Oxford. Se han señalado muchos culpables del advenimiento de la posverdad: el deconstructivismo francés, los postmodernos, los estudios sociales de la

ciencia y la tecnología², los políticos populistas de diferentes tendencias políticas o la nueva derecha, los *spin doctors*, esos expertos en retorcer el significado de las palabras hasta el absurdo sin enrojecerse, o a las redes sociales y esa posibilidad de emitir y recibir información de manera veloz, sin dar pausa para comprobar su proveniencia.

Los psicólogos sociales estuvieron prestos a identificar, resumir, clasificar, los múltiples sesgos que nos impiden ver la verdad³ y los científicos sociales a identificar las razones por las cuales las sociedades, aparentemente modernas e ilustradas, comenzaron a aceptar mentiras como verdades, el desempleo, las transformaciones sociales como resultado del neoliberalismo, el fin de la era industrial, las nuevas formas de trabajo, los cambios en relación con la masiva aceptación de diversas formas de sexualidad y género, han sido propuestos como explicación. Otros recordaron la siempre incierta relación de las democracias y la política con la idea de verdad⁴, y han mostrado cómo la explosión de múltiples fuentes de datos y la fragmentación han revivido viejas cuestiones acerca de la confianza en las fuentes de información, pero también se han preguntado específicamente por cuáles verdades importan.⁵

Varios términos y estrategias se usan también para explicar la aparente desaparición de la verdad de la esfera pública, por ejemplo, la idea de desinformación, según la cual lo que haría falta es más información verdadera, apareciendo entonces los *fact-checkers*, encargados de desmentir o verificar noticias circulando en redes sociales. Quién es el juez de la verdad, queda por lo demás implícito, siempre y cuando lo que se afirma sea consistente con ciertos regímenes de verdad. Jason Stanley, un filósofo de la Universidad de Yale, ha mostrado la importancia de entender las formas de propaganda

política como una forma de comunicación que busca movilizar a las personas hacia unos objetivos, recordando que las emociones son importantes para conectar ideas desconectadas.⁶ Por los intersticios de la posverdad, la desinformación y la propaganda, parecen haberse colado y reavivado las teorías de conspiración. Hay una tendencia a implicar que las teorías de la conspiración prevalecen más ahora que en el pasado, que estamos viviendo en una "era de teorías de la conspiración"⁷ o un período de "moda conspiracionista"⁸. Por otro lado, se ha considerado que el auge de las redes sociales proporciona un nuevo impulso al pensamiento conspirativo y un foro para la difusión de teorías conspirativas⁹, además como clave para desarrollos políticos como el Brexit y la elección de Donald Trump, y con efectos importantes en temas como el cambio climático.

Las teorías de la conspiración han sido estudiadas desde varias disciplinas: sociología, antropología, ciencias políticas, psicología, filosofía, historia, y han sido ampliamente documentadas por periodistas. Los métodos para estudiar las teorías de la conspiración han pasado de ser puramente conceptuales o teóricos a utilizar metodologías cuantitativas y cualitativas. Sin embargo, la mayor parte del estudio de tales fenómenos sigue estando firmemente enraizado en considerar a los tildados de conspiracionistas desde una perspectiva patologizante. En su más clásica versión, se desprende del famoso ensayo del historiador Richard J. Hofstadter, *El estilo paranoico en la política estadounidense*, que marcó un partaguas en la interpretación de ciertas formas de hacer política consideradas normales y aceptables y otras claramente anormales. Es decir, estableciendo una clara diferencia entre los que son capaces de aceptar la realidad de las cosas tales como aparecen y aquellos que están dispuestos a creer que las

² La disciplina a la que me adscribo y que ha sido culpada también de deslegitimar el conocimiento científico.

³ Todo lo que pienses y la forma como pienses es un sesgo, incluso pensar que todo es un sesgo: <https://www.visualcapitalist.com/wp-content/uploads/2021/08/all-188-cognitive-biases.html>

⁴ Sophia Rosenfeld, *Democracy and Truth: A Short History* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2018).

⁵ Levin, Nadine y Sabina Leonelli. "How Does One 'Open' Science? Questions of Value in Biological Research." *Science, Technology, & Human Values* 42, n.º2 (2017): 280-305.

⁶ Jason Stanley, *How Propaganda Works* (Princeton University Press, 2015).

⁷ Connolly, Jennifer M, Joseph E Uscinski, Casey A Klofstad, and Jonathan P West. "Communicating to the Public in the Era of Conspiracy Theory." *Public Integrity* 21, n.º5 (2019): 469-76.

⁸ David Aaronovitch, *Voodoo Histories: How Conspiracy Theory Has Shaped Modern History* (Random House, 2010).

⁹ Enders et al. "The Relationship between Social Media Use and Beliefs in Conspiracy Theories and Misinformation." *Political Behavior* (2021): 1-24.

relaciones de causa-efecto que observamos obedecen siempre, o casi siempre, a relaciones que se tejen tras bambalinas. Estas interpretaciones olvidan que muchas veces los ciudadanos tienen muy buenas razones para desconfiar de sus gobiernos y del poder en general. Por ejemplo, durante años las empresas tabacaleras fueron capaces, sostenidas por una retórica científica, de sostener la patente mentira sobre los nulos efectos nocivos que conlleva fumar, retórica luego retomada por los negacionistas del cambio climático¹⁰, petroleras y otros, así como por la industria farmacéutica, especialmente la dedicada a la venta de opiáceos. Mientras tanto, los gobiernos rutinariamente mienten acerca de sus intenciones y el alcance de sus políticas.

En una nada sorprendente movida de muchos medios y expertos, la solución propuesta es la de “recuperar” los hechos o proponer una vuelta colectiva a ese idílico momento en que la evidencia era una parte central del discurso público. Medios de comunicación han implementado una sección de factcheckers, y otros intentan desmentir los bulos que circulan en redes en forma de memes, imágenes, noticias falsas. Lo que nos lleva de vuelta al problema de quién controla a los factcheckers y quién cree en ellos; pero que también significa volver a un momento en que voces expertas o gobernantes podían contar con la seguridad de que sus interpretaciones de la realidad no serían puestas en duda.

Lo que quiero decir no es que debamos aceptar que la tierra es plana o dudar del consenso científico frente al cambio climático, y si bien podemos encontrar algo de tranquilidad en desenmascarar charlatanes, ya sea públicamente o en privado (aunque tiene cierta gracia pensar que el mundo es dominado por George Soros y en ese caso me tocaría revelar que este artículo es pagado por él para desmentir que el mundo es dominado por Soros)¹¹, lo que debemos es tratar de resolver la paradoja sobre la prevalencia de estas formas de entender y vivir el mundo, de tal manera que sea sensible a los contextos culturales más amplios, en donde todas estas ideas se apropian, respaldan, critican, comparten, producen, circulan; en donde adquieren significado. ■

¹⁰ El libro y documental de Naomi Oreskes y Erik M. Conway “Mercaderes de la Duda: Cómo un puñado de científicos ocultaron la verdad sobre el calentamiento global” cuentan esta historia con gran detalle.

¹¹ Pero eso es algo que, obvio, no puedo divulgar.

